

generosos. El terror y la muerte todo lo agostan, todo lo aniquilan, los abrojos y las flores. Pedimos la abolición de toda tiranía, porque no queremos que los esclavizadores sean esclavos; pedimos la muerte de todo privilegio, porque no queremos que los privilegiados sepan cuán duro y amargo es sufrir la injusticia de los privilegios; queremos que caigan los cadalsos; que se acabe la guerra del hombre con el hombre; que las revoluciones se realicen allá en las esferas de la ley, sin conmover la sociedad; que los pueblos se unan; que todas las inteligencias abran sus alas á la luz del día; y porque deseamos todo esto, defendemos la verdadera libertad, que es la democracia.

de forma que quedaba como una gota de agua en el fondo de todas esas transformaciones de la sociedad. La casta de la familia fué la forma social del Oriente; la casta de la patria la forma social del mundo clásico; y la casta de la propiedad la forma social de la Edad Media.

La desigualdad humana fué precedida por los géneros más hermosos.

XII.

El hombre fué creado por los filósofos más grandes. Homero justifica la esclavitud; Homero, que acababa por desvalido por los campos y los pueblos; y dice en su lenguaje sublime: que todo hombre, al caer en la tierra, es libre. La condición de toda verdadera libertad es la igualdad. Esta santa idea de la igualdad natural de todos los hombres ha sido desconocida, negada en la historia antigua, en la antigua sociedad. La casta por largo tiempo ha rebajado á la humanidad, ha dividido la familia, que Dios creó una en esencia. Existió primero la casta de las razas, pues unos nacían para el poder, otros nacían para la esclavitud, según la cuna que al nacer los había recibido en su seno; Existió después la casta de la patria. El que había nacido en Roma ó en Atenas, ese era hombre; los que habían en otras regiones del mundo nacido, esos eran bárbaros. Existió después, cuando ya el cristianismo había sonreído en la conciencia humana, la casta de la propiedad. El que poseía inmensos territorios, fuertes y murados castillos, ese era hombre, sus trabajadores eran siervos. La injusticia mu-

daba de forma; pero quedaba como una gota de veneno en el fondo de todas esas trasformaciones de la sociedad. La casta de la familia fué la forma social del Oriente; la casta de la patria la forma social del mundo clásico, y la casta de la propiedad la forma social de la Edad Media.

¡La desigualdad humana fué predicada por los genios más hermosos del mundo antiguo, fué sancionada por los filósofos más grandes! Homero justifica la esclavitud; ¡Homero! que andaba pobre y desvalido por los campos y los pueblos; y dice en su lenguaje sublime, que todo hombre, al caer en la servidumbre, deja en manos de Júpiter la mitad de su alma. ¡Ay! al ménos, comprendia el poeta, que solo robando al hombre su alma, puede condenarse á la deshonrosa esclavitud. Platon, el genio más grande, sin duda, de la antigua Grecia, Platon, dado á extasiarse en la contemplación del mundo oriental, predicó la desigualdad humana y organizó en castas su república. El error más grave de Platon fué querer dar á las castas, no el fundamento de la conquista, ni de la diferencia de las familias, como en Oriente, sino un fundamento psicológico. En todo hombre hay una razon que manda, una voluntad que es el ministro de la razon, y sentimientos que obedecen á la voluntad y á la razon. En toda sociedad debe haber, según el filósofo, razon, voluntad y pasiones. La razon debe estar representada por los filósofos, nacidos para mandar;

la voluntad, por los guerreros, nacidos para hacer valederas y coercitivas las órdenes de los filósofos; y las pasiones, por los artesanos, por los labradores, por los jornaleros, nacidos para obedecer. ¡Tremenda injusticia, negar la pasion al filósofo y la razon al jornalero! Platon comprendió que, para admitir esta diferencia de categorías sociales, era necesario admitir tambien la diferencia de las almas. ¿Y cómo habia de llegar á este principio tan bárbaro el gran filósofo que habia visto bajar las almas de Dios, y las ideas de Dios? Sin embargo, Platon admite que el alma del filósofo tiene mezcla de oro, el alma del guerrero mezcla de plata, y el alma del artesano mezcla de hierro. Ved á lo que conduce un gran error social; Platon, para fundar su república, necesitó destruir los fundamentos capitales de su filosofía, la unidad del hombre, la inmaterialidad del alma. Pero no solo Platon se engaña; tambien se engaña Aristóteles. La esclavitud es de derecho natural, según el gran maestro de Alejandro; el esclavo no tiene, no puede tener la misma inteligencia que el hombre libre. Parece imposible: el discípulo conquistador comprendió mejor la naturaleza humana que el maestro, sábio y filósofo. Cuando el gran Alejandro, centelleante de gloria, arrastrado por sus triunfales ejércitos, llevando en sus manos la lira griega y en su joven pecho inmenso y divino amor, estrechaba contra su corazon palpitante de entusiasmo todas las razas del antiguo

Oriente, y las hacía partícipes de su gloria y de su vida, celebraba sin duda, en medio de su oriental campamento, el primer festín, la primer alborada de una nueva humanidad, fundiendo el vencedor con el vencido, el esclavo con su amo, el griego con el bárbaro, el Oriente con el Occidente, el mundo entero en su inspirado pensamiento.

— Pero la desigualdad continuaba. El mundo romano está fundado en la diferencia de castas, *majores et minores gentes*. Pero como la humanidad, al aparecer el mundo romano, ha meditado ya mucho, las gentes menores, los plebeyos romanos, han sentido la idea del derecho en su conciencia, la pasión de la igualdad en su pecho. Y realizan lo que sienten. Por eso la historia romana es el poema, sin duda, más grande que ha escrito el genio del hombre. El pueblo rey pedirá la igualdad en las leyes, la igualdad en el campo de batalla, la igualdad en los comicios, la igualdad en el hogar doméstico, la igualdad en el templo; y poco á poco será cónsul, legislador, pontífice, magistrado; descubrirá los secretos escondidos en las fórmulas de jurisprudencia, pisará el suelo del sacrificio, tomará la espada del capitán para abrir en la tierra surcos donde caigan las nuevas ideas, y subirá hasta la cumbre del Capitolio, y llamará allí á todos los pueblos y á todas las razas de la tierra á participar de su derecho y de su augusta soberanía. Pero en aquel pueblo hubo también hombres que pensaron y creyeron en la des-

igualdad humana. Los orgullosos patricios no podían creer que las comedias de Terencio fueran de Terencio; porque no podían creer que un esclavo tuviese inteligencia. Mas el esclavo se vengó de ellos; porque un día pudo decir en el teatro:

*Homo sum, et nihil humani á me alienum puto,*

y pudo ver que hasta los mismos patricios, olvidados de su rango, aplaudían este sentimiento natural de la igualdad humana, encerrado en tan sublimes versos. Y en verdad el sentimiento de la igualdad natural iba poco á poco progresando en el mundo, como todas las grandes ideas. La filosofía estóica predicaba la unidad del género humano; Ciceron decía que el hombre siente amor, caridad hacia el hombre; y Séneca, el gran Séneca sostenía que el sentimiento de compasión, de amor, de caridad debía extenderse á todos los hombres; porque *ubicumque homo est, ibi beneficio locus est.*

— El cielo debía sellar con un sello divino la idea de igualdad. El Hijo de Dios, rodeado del pueblo, predicaba que todos los hombres son hijos de Dios, que todos ante Dios son iguales, que todos son hermanos; y cuando sentía las primeras angustias de su tristísima agonía, cuando iba á llevar á sus cardenos lábios el cáliz de todas sus amarguras, pedía al cielo que uniese á todos los hombres entre sí, como el Salvador está unido á su Padre; palabras divinas,

que eran el bautismo de la humanidad regenerada, y la comunión divina de la eterna, de la santa, de la verdadera igualdad entre todos los hombres.

La idea de igualdad durmió en el seno del caos feudal por mucho tiempo, hasta que por fin se despertó en el siglo pasado. Y no se alcanza, y no se comprende cómo la conciencia no ha descubierto ántes esa idea de la igualdad humana. El hombre que se levanta al cielo, retratando en su organización todas las maravillas del universo; coronado por un cerebro, en el cual se oye palpitar siempre una idea; iluminado por sus hermosos ojos, radiantes de espiritualismo, que se pierden con su mirar allá en el éther; armado de fuerzas que, aunque débiles, son bastantes á sujetarle todos los séres de las escalas inferiores de la creación; el hombre, cuya voz es más dulce y más suave y más flexible que el cántico del ruiseñor escondido en la enramada, cuya palabra es el eterno comentario de la creación; el hombre debé reconocer que todos los hombres tienen esta misma organización privilegiada, que todos son fundamentalmente iguales en el seno de la madre naturaleza. No hay más que una y sola naturaleza humana.

Y si todos los hombres son iguales por su naturaleza, todos son iguales por su alma. El sentimiento de la caridad, de la compasión, del amor, de la familia es innato al corazón humano; vive en el seno de todos los hombres, de tal suerte, que sin esos sentimientos la vida se evaporaría en lo vacío. La

conciencia protege bajo sus alas, como ángel de paz, el alma de todos los hombres; pues todos sienten y conocen lo justo y lo injusto, y todos tienen, cuando bien proceden, la satisfacción interna, y cuando proceden mal, todos sienten la herida del remordimiento. La razón se alza sobre las facultades intelectuales de todos los hombres; porque no hay ninguno que no tenga idea de lo bueno, de lo verdadero, de lo hermoso; no hay ninguno, por tosco que parezca, que no luzca en su frente el sello divino de una idea. Ahora bien, si todos los hombres son iguales por su naturaleza material, todos son iguales por su naturaleza moral, por su alma.

De aquí, de esta doble idea de la igualdad de los hombres por la naturaleza y por el espíritu, nace esa idea de humanidad, que presintió Alejandro, que Roma realizó en sus códigos, que el cristianismo reveló en su esencia moral; idea superior á todos los tiempos, á todas las diferencias de climas y de razas; idea, que alcanza así al pobre negro dormido en su cabaña de palmas, como al patricio inglés encerrado en su palacio de mármol; idea, que es como el luminar esplendoroso de las artes, de las ciencias; y que debe encarnarse pronto, muy pronto en las instituciones políticas, para que todos los hombres sean hermanos y reconozcan por único señor, como decía Jesucristo, á nuestro Padre, que está en los cielos.

Se me dirá: admitís el mismo talento, el mismo

genio en Platon que en el último de los mortales la misma voluntad en Leónidas que en un miserable cortesano?» No, mil veces no. Existe diferencia en la intensidad de la razón, en la intensidad de la voluntad, en la intensidad de la conciencia: esto es cierto, esto es evidente; pero todos tienen razón, todos tienen voluntad, todos tienen conciencia. Los que no la tienen, son desgraciadas excepciones, seres enfermos, que nada dicen contra la regla general. Unos tienen gran genio filosófico, y leen los secretos más oscuros de la conciencia; otros tienen sonriente imaginación, y son poetas, artistas, ángeles que Dios envía á sembrar de flores el camino de la vida; aquellos han nacido robustos y con inclinación al trabajo material; estos han nacido místicos, y sus almas, blancas como las palomas, no saben posarse nunca en la tierra; pero de esta diversidad de inclinaciones, de talentos, de aptitudes, nace la armonía social; y así pedimos en nombre del derecho, igual libertad, igual consideración para todas las grandes manifestaciones de la inagotable actividad humana.

— La idea de igualdad va penetrando en todas las esferas de la vida. Nuestra religión es igual para el pobre y para el rico, para el soberano y para el vasallo. Tenemos, pues, la igualdad religiosa. Nuestra ley moral es una para todos los hombres, una en todos los climas y en todas las zonas de la tierra. Somos, pues, moralmente iguales, porque la ley

moral está promulgada en todas las conciencias. La justicia no es justicia, según el sentir del género humano, si no es igual para todos los hombres. Luego la idea de justicia está basada en la idea de igualdad. La ley civil admite á todos los individuos de la sociedad á los cargos públicos, y promulga para todos sus disposiciones, y llama á todos á unos mismos tribunales. Luego somos civilmente iguales. La Iglesia, cuando va á consagrar la familia por medio del santo matrimonio, no pregunta á los que están de rodillas á sus plantas, si ha nacido el uno en cuna de oro y el otro en cuna de paja, sino si se aman; porque el amor, que es la ley de la naturaleza, á todos iguala. Y esta ley de igualdad llega hasta las últimas esferas de la vida, y la economía política la ha consagrado con una palabra que se llama «la libre concurrencia.»

Si todo esto es cierto, ¿qué diremos de los escritores que sostienen aun en pleno siglo XIX la desigualdad humana? ¿Qué diremos de los que pretenden separar por un abismo al hermano de su hermano? Mr. Garnier de Casagnac, escritor que vende su conciencia á las malas causas, su voluntad á los tiranos, su pluma al que más la puja, ha escrito ¡parece mentira! ha escrito hoy, después de estar la libertad y la igualdad consagradas en nuestros códigos, que la esclavitud, la bárbara casta, han sido en la historia, no sólo de derecho natural, sino de derecho divino. Mr. Courtet sostiene que la diferen-

cia de razas explica toda la historia. La esclavitud, dice, de las razas inferiores, de las razas pobres ignorantes, la esclavitud está fundada en la naturaleza humana. Siempre habrá una raza privilegiada por la naturaleza. De aquí va á dar en el absurdo de que no pueden ser felices las sociedades donde todos los hombres son de una misma raza, y que se necesita la existencia de dos razas distintas, una para ser libre, rica, feliz, y otra para ser pobre, esclava y desgraciada. Estos absurdos no necesitan refutación. Mr. Conte, jurisconsulto de grandes conocimientos, aunque de pobres ideas, sostiene que el derecho se modifica según el clima; como si el derecho fuera un fruto de la tierra, y no una ley inmortal del alma humana.

Apartemos nuestros ojos de tantos errores, apartemos nuestros ojos. Yo apreciaré siempre el sentimiento del débil, la razón del ignorante, la amistad del pobre, la protección, el cariño del desvalido; porque siguiendo la ley de mi religión, la voz de mi conciencia, veré en todos los hombres, en todos, siempre hermanos, hijos, como yo, de un mismo Dios, y pediré para todos la igualdad santa del derecho.

respeto absoluto á la familia y á su inviolable santuario, que es el hogar doméstico.  
 7.º La voluntad debe ser consagrada por el derecho, abriendo un espacio á todas las manifestaciones de la actividad del hombre.  
 8.º La razón debe ser consagrada, dejando libertad absoluta á sus dos manifestaciones principales, á la palabra hablada y á la palabra escrita.  
 9.º El derecho es anterior y superior al dogma de la soberanía nacional.  
 10.º La soberanía nacional para ser verdadera debe fundarse en el derecho.

XIII.

Los principios que acabamos de exponer, son de tal gravedad, que deben reducirse á corolarios, para la mejor inteligencia posible de todos ellos:

- 1.º La sociedad, para ser justa, debe fundarse en el derecho ingénito á la naturaleza del hombre.
- 2.º El derecho es la consagración de la existencia de la personalidad humana en la sociedad.
- 3.º La personalidad es el hombre mismo, en la totalidad de su sér, en la integridad de las leyes de su naturaleza, con la conciencia de su sensibilidad, de su razón y de su voluntad.
- 4.º El hombre es, pues, sensible, libre y racional.
- 5.º El derecho, siendo la consagración de la personalidad, debe extenderse á todas las facultades del hombre.
- 6.º La sensibilidad debe ser consagrada con el

respeto absoluto á la familia y á su inviolable santuario, que es el hogar doméstico.

7.º La voluntad debe ser consagrada por el derecho, abriendo un espacio á todas las manifestaciones de la actividad del hombre.

8.º La razon debe ser consagrada, dejando libertad absoluta á sus dos manifestaciones principales, á la palabra hablada y á la palabra escrita.

9.º El derecho es anterior y superior al dogma de la soberanía nacional.

10. La soberanía nacional, para ser verdadera, debe fundarse en el derecho.

11. La soberanía del pueblo no tiene derecho contra el derecho.

12. La esencia del derecho es la libertad.

13. La libertad se divide, según la doble naturaleza del hombre, en libertad de pensamiento y libertad de acción.

14. La condicion de toda libertad es la igualdad.

15. La igualdad comunista, que mata toda actividad y es propia sólo de tiempos bárbaros, no es la igualdad que nosotros profesamos.

16. Nuestra ley de igualdad es la unidad racional, moral, social y política del hombre en la variedad y diferencia infinita de sus manifestaciones.

17. El derecho une al hombre con el hombre, en ley de amor y libertad, como la atracción une los astros en concertada armonía.

18. Cada hombre está obligado por la ley moral

y por la ley política á respetar el derecho en todos los hombres.

19. La sociedad, que empieza por reconocer el derecho en cada hombre, debe castigar al que desconozca ó falte al derecho de sus semejantes.

20. El que lastima el derecho de otro, lastima su propio derecho.

21. El deber es el reconocimiento del derecho en una persona distinta de nosotros.

22. Los derechos fundamentales no pueden enajenarse ni pueden renunciarse por el hombre; porque el hombre no tiene derecho al suicidio.

23. Las funciones del Estado deben reducirse á garantizar y hacer inviolable el derecho de todos los ciudadanos.

Tales son las ideas capitales encerradas en los anteriores capítulos. De todas ellas haremos aplicaciones en los capítulos siguientes, repitiéndolas, porque son como la clave de toda la doctrina democrática.

invisto con la soberanía augusta de toda la creación, y le hace intérprete de todos los misterios que se ocultan en las diversas organizaciones, en los varios opitos hermanados en el mar inmenso de la vida, y de los misterios de las pasadas que surgen de estos fenómenos transitorios, lejos de esta vida material, en la vida por el tiempo, á repasar tranquilamente allí, en la región donde nunca muere, donde la vida nunca para ni muere, donde el alma no muere; para que pueda contemplar en todo su esplendor el eterno ideal de la virtud, de la verdad, de la hermosura; continuo devoto

LIBERTAD  
DE  
LA  
PIRENTA

Hemos dicho que el derecho es ingénito al hombre y superior á todos los poderes. Hemos visto en el derecho la manifestación de la naturaleza humana en la sociedad. Hemos examinado nuestra naturaleza, y demostrado que el hombre tiene sentimientos, voluntad y razón. Hemos estudiado la ley de todas estas facultades, y hemos visto que es la libertad. Hemos dividido la libertad en libertad de pensamiento y libertad de acción: tratemos, pues, ahora de la libertad de pensamiento.

El hombre estaría pegado á la tierra, como el árbol, como el pólipo, viviría vida feliz y tranquila en el seno de nuestra madre naturaleza, sería como un adorno más de la creación, como un anillo más de la serie inmensa de los seres, si en su frente no brotara la idea, el pensamiento, que le alza del polvo y le da alas para volar más allá de los astros, y le

y por la ley política á respetar el derecho en todos los hombres.

19. La sociedad, que empieza por reconocer el derecho en cada hombre, debe castigar al que desconoce á sí mismo el derecho de sus semejantes.

20. El que lastima el derecho de otro, lastima su propio derecho.

21. El deber es el reconocimiento del derecho en una persona distinta de nosotros.

22. Los derechos fundamentales no pueden enmendarse ni pueden renunciarse por el hombre; porque el hombre no tiene derecho al suicidio.

23. Las funciones del Estado deben reducirse á garantizar y hacer inviolable el derecho de todos los ciudadanos.

Tales son las ideas capitales encerradas en los artículos capitales. De todas ellas haremos aplicaciones en los capítulos siguientes, repitiéndolas, porque son como la clave de toda la doctrina democrática.

inviste con la soberanía augusta de toda la creación, y le hace intérprete de todos los misterios que se encierran en las diversas organizaciones, en los varios objetos derramados en el mar inmenso de la vida, y le lleva léjos de estas sombras pasajeras que huyen, léjos de estos fenómenos transitorios, léjos de esta vida material encadenada por el tiempo, á reposar tranquilo allá en la region donde nunca anochece, donde la vida nunca pasa ni muere, donde el dolor no habita; para que pueda contemplar en todo su esplendor el eterno ideal de la virtud, de la verdad, de la hermosura; continuo, devorador anhelo de nuestra desterrada alma.

¶ Pero si el pensamiento es lo que hay de divino en el hombre, ¿el pensamiento estará encerrado tambien dentro de las leyes de nuestra naturaleza? Sí, en ninguna de sus facultades manifiesta más claramente su esencia el hombre. Si no tuviera pensamiento, sería el hombre hijo sólo de la naturaleza, y dentro de la naturaleza encontraría satisfechas sus aspiraciones, realizados sus deseos. El infusorio vive contento en una trémula gota de agua, pronta á evaporarse; el insecto bajo la verdé hoja, como en un mundo infinito; el pajarillo en su nido; el pez en la amarga onda que lo arrastra; y el hombre, cuando se encuentra solo en la naturaleza, aunque mil flores embalsamen el ambiente, y las parleras aves le regalen con sus cánticos, y las auras le besen amorosas, y la vida toda le infunda su voluptuoso ca-

lor, imagina en su mente otro mundo más hermoso, suspira y se desasosiega como un desterrado: que por su pensamiento es hijo del cielo. Mas el pensamiento no es absoluto, no es eterno. Si el pensamiento fuera absoluto, el hombre poseería toda la verdad, comprendería toda la ciencia. El pensamiento humano está sujeto á la ley de contradicción, á la antinomia. Se desarrolla por medio de grandes oposiciones, y de estas oposiciones saca luego el hombre la armonía. Si el hombre no tuviera pensamiento, sería como el bruto; si su pensamiento no tuviera oposicion, contradicciones, sería el hombre como Dios. Mas el hombre es naturaleza y espíritu, sér orgánico y ángel; hijo del amor de lo finito con lo infinito; habitante del mundo por su cuerpo y habitante del cielo por su alma; sér que lleva en sí su propia ley, que determina con voluntad entera sus acciones y sus pensamientos; superior á todo fatalismo, libre, en una palabra: y así el pensamiento participa de su doble naturaleza, se desarrolla tambien por oposiciones, y vive dentro de la santa ley de la libertad. ¿Quién puede, pues, trastornar las leyes del pensamiento? Más fácil sería trastornar las leyes de la naturaleza. Así como á ningun poder le es dado alcanzar que el cuerpo no busque su centro de gravedad, así tampoco le es dado alcanzar que el pensamiento no sea libre.

¶ La historia de las contradicciones del pensamiento es la historia de toda la ciencia humana; porque la

antítesis es la ley de nuestra naturaleza; porque la libertad es la esencia de nuestro espíritu. Nace el pensamiento griego, y nace como la mariposa que abandona su capullo pegado á la naturaleza; pero bien pronto aquel pensamiento tan sereno, tan pacífico, es arrastrado á la guerra por una voz interior y llega á desconocer y aniquilar la misma naturaleza. La escuela jónica y la escuela eleática prueban la libertad humana, la ley de la contradicción. Nace Sócrates, y parece como que la ciencia va á reposar en un solo pensamiento, y á los piés de Sócrates brotan Platon y Aristóteles, atento el uno al mundo material, y el otro al mundo de las eternas armonías; genios diversos y contrarios, que en sus dos escuelas antitéticas muestran las dos fases de nuestro espíritu. Viene luego la escuela estoica, que mira la humanidad, y al par nace su oposicion, la escuela epicúrea, que solo mira al individuo. Toma la filosofía una tendencia práctica, positiva, en el derecho romano, una tendencia social, y al lado de aquella tendencia se desarrolla su opuesta, una tendencia mística, exaltada, idealista, en ese sueño de oro, que se llama la escuela de Alejandría. Triunfa el cristianismo; el mundo entra en la Edad Media; el pensamiento parece que va á reposar tranquilo al pié de Roma, y nacen dos escuelas contrarias, la nominalista y la realista. Llega la época de pedir libertad para el pensamiento filosófico, y Descartes la pide en nombre de la razon, y Bacon en nombre de la

experiencia, y los dos, caminando á un mismo fin, forman dos escuelas contrarias. Entra la filosofía moderna en su periodo dogmático, y el gran Spinoza sumerge al espíritu en la naturaleza, como si fuera una gota de lluvia perdida en el mar, y el gran Leibnitz, levanta el alma á una individualidad infinita. Llega el periodo crítico de la filosofía moderna, y Kan es su Descartes, y Locke su Bacon. Empieza el periodo armónico, el periodo sintético, y Fichte predica el idealismo subjetivo, y Schelling el idealismo objetivo. Viene Hegel, y parece como que su ciencia ha dominado toda la naturaleza y todo el espíritu en su idealismo absoluto; y bien pronto el espíritu se renueva y aparece la contradicción dentro de la escuela.

En los pueblos donde el pensamiento no es libre, la oposicion no es por eso ménos cierta. En los pueblos orientales, el sacerdote veía deslizarse á cada paso bajo su altar sagrado la víbora de la heregía. Mahoma, que dió su libro por el último extremo de la ciencia y de la religion, levantó hereges, los calentó en su seno, y esos hereges arrojaron piedras sobre sus mezquitas, sombras en su libro, pueblos inmensos y guerreros sobre sus califas. No es posible no, ir contra la ley del pensamiento, que es la libertad. La más alta manifestacion del pensamiento religioso, la más alta manifestacion del pensamiento filosófico, la más alta manifestacion del pensamiento moral, han sido perseguidas, ahogadas por los ti-

ranos. Y donde los tiranos pusieron cadalsos, la humanidad ha puesto altares; y las cabezas heridas han destellado al caer, como una chispa, el alma de infinitas generaciones; y el pensamiento perseguido se ha levantado del fondo de las frias cenizas atizadas en su daño, y ha cegado á sus mismos verdugos; y lo que era ayer blasfemia, mentira, es hoy verdad, ciencia; y el hombre ha derramado muchas lágrimas para lavar la sangre de los mártires que sacrificaron impíamente sus padres; porque el hacha, la hoguera, el martirio no alcanzarán al pensamiento, puro, espiritual, y por lo mismo libre, se cierne sobre la tormenta y el huracan y las sombras, y dirige su reposado vuelo hácia Dios, que es el eterno centro de las almas.

XV.

La libertad de pensamiento se manifiesta socialmente en la alta institucion de la imprenta, que es el gran pedestal de todas las ideas. Cuando el mundo de la Edad Media caia, y se arruinaba el castillo feudal, rodando sus piedras sobre la frente de la aristocracia desplomada; cuando el mundo griego lanzaba su último gemido en las orillas del Bósforo y entregaba su lira despedazada á Italia; cuando la estatua antigua levantaba la cabeza resplandeciente de hermosura entre las ruinas, y suspendia al mundo con las armonías desconocidas que vibraban sus labios de mármol vivificados por el beso de mil artistas; cuando entre las ondas del Océano se alzaba un nuevo mundo, que parecia renovar los primeros dias de la creacion; cuando el pensamiento huia de las escuelas para enardecer con su soplo la conciencia humana y darle nueva vida; cuando nuestra